

Habla su biblioteca

KATHERINE MILLER Y CARLOS MOLINA

En esta nueva sección de *Realidad* incluiremos reseñas sobre las nuevas adquisiciones de la Biblioteca Florentino Idoate de nuestra Universidad. Será mantenida por la directora de la Biblioteca, la doctora Katherine Miller y por el catedrático de filosofía, Carlos Molina.

La economía del hidrógeno

Jeremy Rifkin

**Barcelona, Ediciones Paidós, 2002,
324 pp.**

Este nuevo libro de Jeremy Rifkin puede leerse como un llamado a realizar un esfuerzo unificado e interdisciplinario para encontrar una solución a un asunto clave de nuestro tiempo: el problema que representa la crisis energética para garantizar las condiciones y posibilidades para la reproducción de la vida humana. Sus reflexiones sitúan los datos actualizados sobre el uso del hidrógeno como recurso energético dentro de la crisis del abastecimiento de combustibles fósiles que, sin duda, ha comenzado a inquietar aún a los escépticos. Pero no se trata de inquietudes que se restringen únicamente al ámbito económico, ya que afectan directamente nuestras concepciones de vida política, así como el ejercicio de los llamados “valores democráticos”. Y, frente a quien se pregunta sobre qué relación podría haber entre energía y democracia, Rifkin señala que

la obviedad de la relación entre energía y economía no debe hacernos olvidar que lo que podría estar en juego son las bases mismas de la convivencia humana. De aquí a la conveniencia o inconveniencia de las reglas políticas, junto con la crisis de los conceptos fundamentales de las “democracias liberales”, sólo hay un paso.

Pero no es un paso sino varios, los que conducen al lector a través de su argumentación. Es un camino que inicia con el “diagnóstico de la enfermedad” (colapso en las fuentes de abastecimiento energético, contaminación ambiental, auge de los diversos fundamentalismos, crisis civilizatoria...), y culmina en las razones por las cuales deberíamos *transformar de raíz* nuestras concepciones de “vida civilizada”, modificando radicalmente, entre otras cosas, nuestras fuentes energéticas; o sea, específicamente, sustituyendo los combustibles fósiles por el hidrógeno.

No seríamos exagerados al afirmar que la bestia negra de quienes abo-

gan por una actitud ecologista es el uso indiscriminado de combustibles fósiles (petróleo, carbón, gas natural...), los cuales, además de ser escasos (y, por lo tanto, caros), son altamente contaminantes. Se trata de una manera de resolver un problema real: la obtención de las fuentes de energía que nos permitan mantener nuestros "modos de vida". Pero, lamentablemente, esto significa crear otros problemas que, como el efecto invernadero y el calentamiento global, no sólo son malos de por sí, sino que terminan agravando el problema del abastecimiento energético que pretendíamos solucionar.

Para Rifkin, el hidrógeno viene a ser una alternativa para ambos problemas, ya que no es en absoluto contaminante y se trata de un recurso renovable. Es cierto que no se encuentra de forma pura en la naturaleza y, por lo tanto, habría que "extraerlo de donde se encuentra" (del agua, por ejemplo), lo que en la actualidad es un proceso más bien caro. Pero, a mediano plazo, se convertiría en una opción barata y accesible a todos. En efecto, ya hay compañías en el asunto, proyectos piloto y hasta autobuses experimentales que, hasta ahora, han dado buenos resultados.

Ahora bien, uno de los aspectos más originales de Rifkin, frente a otras visiones de la crisis energética es su convicción de que esta no es más que una faceta de un problema mucho más amplio, el cual consiste en una verdadera *crisis civilizatoria*. Eso sí, y a diferencia de las tesis excesivamente idealistas de un Samuel

Huntington, Rifkin concede la primacía a los factores materiales, específicamente energéticos, para explicar tales "transformaciones civilizatorias". Es por eso que si habría que suponer un *choque de civilizaciones*, este no vendría dado *única ni fundamentalmente* por un "choque de mentalidades" o una mera oposición de "visiones de mundo", sino debido a la lucha por el acceso a las fuentes energéticas. En otras palabras, no se trata propiamente de una crisis "energética", sino de la crisis de todo un *modo de vida*. Es el estilo de vida occidental el que estaría en crisis, entre otras cosas, porque no es sostenible energéticamente: "La dieta energética diaria del norteamericano medio es el equivalente a tener cincuenta y ocho esclavos energéticos trabajando sin cesar las veinticuatro horas del día" (p. 69).

Por otro lado, para nuestro autor, el sistema geopolítico está organizado en torno a la necesidad de garantizar ese derrochador modo de vida, y los pueblos que gozan de tales prerrogativas no escatimarían esfuerzos por conseguir el control absoluto sobre las reservas energéticas mundiales. Las consecuencias políticas de tales pretensiones de dominio serían claras: *el desarrollo de la civilización que gasta más energía hasta ahora (la nuestra) significa, a su vez, la implementación del sistema de organización e instituciones de dirección y control más centralizado y jerárquico de la historia* (Cfr. p. 115). Y aunque no se trata de reducir la política a una mera "gestión energética", no pode-

mos ignorar este enfoque cuando se trata de comprender el mundo contemporáneo. Sobre todo, cuando se habla tanto de un nuevo mundo interconectado, democrático y globalizado: “La única forma de sacar a miles de millones de personas de la pobreza consiste en realizar la transición hacia un régimen energético basado en el hidrógeno æn el que se utilicen tecnologías y recursos renovables para producir hidrógenoæ y crear redes energéticas de generación distribuida capaces de conectar comunidades de todo el mundo. Recortar la distancia que separa a los que tienen recursos de los que no los tienen significa antes que nada recortar la distancia entre los conectados y los desconectados” (p. 288).

La actual conflictividad en el Medio Oriente es una buena muestra de cómo funciona la “trilogía clave” que, según Rifkin, explicaría las crisis mundiales que veríamos en un mediano plazo: *agotamiento de los recursos energéticos (petróleo), fundamentalismo islámico y calentamiento global*. Ninguno de estos tres elementos por sí solo sería capaz de poner en crisis el mundo que conocemos, pero sí lo hará la combinación de los tres. Ahora bien, en el fondo de lo que se trata es de que ni uno solo de ellos es un problema independiente frente a los otros dos. Aunque el asunto es más complejo de lo que a primera vista parece. Por ejemplo, es para todos claro el papel clave de las potencias árabes del petróleo dentro del tema

energético. Menos conocidas serían las responsabilidades de las potencias occidentales en los procesos que se encuentran en el origen del surgimiento de los diversos fundamentalismos islámicos, a saber, la promoción interesada de gobiernos despóticos, la inclusión del mundo árabe dentro de la órbita de intereses de la guerra fría, los esfuerzos por imponer entre los árabes el *american way of life*, y el apoyo a la represión de todo intento de democratización y mejora de las condiciones de vida de los pueblos.

Al momento de escribir estas líneas, estadounidenses y británicos discuten sobre el futuro de Irak. Luego de varias semanas de bombardeos, discusiones y protestas, parece que a las víctimas humanas del conflicto se unen “otras víctimas”: el Derecho Internacional, la Organización de las Naciones Unidas y las esperanzas puestas en una civilización que creía haber desterrado por fin los últimos reductos de barbarie. Pero bien, “razones quiere la guerra”, y en el actual conflicto entre Estados Unidos e Irak abundan las *razones energéticas*. Rifkin informa: “La *ratio* entre reserva y producción (R/P)... es el número de años que durarán las reservas de petróleo de acuerdo con las tasas actuales de producción... En Estados Unidos... la R/P es de 10/1... En Irak de 526/1” (p. 51). Nunca antes un solo Estado tuvo tanto poder, tan global, tan hegemónico... y *tan centralizado*. Y cuando de defender la “democracia occidental” se trata, no debe extrañar que el poder opondrá todos los medios a su alcance para impedir que la base energética del sis-

tema les sea arrebatada. No es cinismo, sino la pura verdad: sólo se puede defender un sistema político si se controla el suministro energético. Y la lección ulterior no es nada más que pragmática: la dependencia de unos medios energéticos centralizados apoya un sistema político asimismo centralizado.

Esto resulta por demás paradójico, cuando vemos alrededor y nos encontramos con el tan cacareado discurso de la “sociedad red”. Su identificación con el liberalismo, la democracia (¿mundial?) y la “interconectividad horizontal” contrasta claramente con las tendencias a la concentración del poder sobre las reservas energéticas mundiales. Pero no se trata de un mero contraste ni de una simple paradoja, como si se tratara de realidades desconectadas. Rifkin abona a la idea de que debemos ver ambas como aspectos de una misma realidad. Lo que está en juego es la manera como se distribuirá el poder en el mundo, y no hay que olvidar que la cultura y la civilización dependen ineludiblemente del suministro energético. En este sentido, hay que desconfiar de los que hablan de “democracia global”, “comunicación horizontal” y “poder para la gente”, cada vez que hay que referirse a la *Internet*, sin considerar que la *web* no existiría sin la base energética que implica una cultura todavía atada a los hidrocarburos. En suma, *no habrá ninguna red informacional sin una red energética*. Todo intento democratizador que se proponga algo más que un mero

“electoralismo” deberá considerar una nueva forma de distribuir el poder en la tierra. Pero, como bien dice nuestro autor, “para conseguir romper el círculo de la dependencia y la desesperación *ay* acceder verdaderamente al *poderæ* hay que tener primero el control sobre la energía” (p. 290).

Y en el campo de la gestión económica, otras “instituciones” se ven también cuestionadas desde esta perspectiva. La “ley de la oferta y la demanda”, la fe en el “equilibrio económico”, que califica el aprovisionamiento de recursos energéticos como “meras externalidades”, y la creencia en el “crecimiento infinito”, se ven enfrentadas al férreo principio de la *entropía*, que desemboca en la simple afirmación de que *no hay crecimiento infinito, pues no hay recursos infinitos*. Toda teoría económica que quiera presentarse como una alternativa real al sistema económico actual deberá considerar seriamente que *la producción de riqueza no puede realizarse sin “empobrecimiento” energético* (Cfr. pp. 71-73). Es así que el mencionado “control sobre la energía” sería sólo una quimera si únicamente contabilizamos los recursos que, como sabemos, están prontos a agotarse. “Control sobre la energía” deberá significar, de ahora en adelante, *encontrar fuentes alternativas energéticas, renovables y no contaminantes*.

Incluso en el caso de que los pronósticos de Rifkin pequen de pesimistas, lo cierto es que, tarde o temprano, nos veremos en la urgencia de procurar nuevas fuentes energéticas. En un momento en el que se habla

de “alternativas” (candidatos electorales, tratados de libre comercio) o en el que parece que se cierran otras (invasión estadounidense y británica de Irak), el hidrógeno como nuevo recurso energético es un flujo de “energía positiva”, en tanto iría acompañado de dos banderas de amplio respaldo dentro de la ciudadanía global: el ecologismo y las luchas a favor de una “reglobalización desde abajo”.

El autor pretende convencernos de que necesitamos encontrar nuevas fuentes energéticas, pero, sobre todo, necesitamos imaginar, inventar y crear *un nuevo estilo de vida*, nuevas formas de relacionarnos con la naturaleza y entre nosotros. La Tierra es un sistema cerrado y eso significa que, si *todo* comienza a mostrarse incapaz de dar abasto a nuestras necesidades, no hay a donde ir por más fuentes energéticas. Hay que pasar de una comprensión de la seguridad como sinónimo de *autonomía y movilidad*, a una que pone el énfasis en *la interconectividad y la ubicuidad* (Cfr. pp. 298-299). Esto significa pasar de la *geopolítica* a las *políticas de la biosfera* (Cfr. pp. 299ss).

Además, Rifkin insiste en que la conservación de los recursos deberá ir de la mano con la democratización de su uso. En el fondo, aparece el problema de qué es posible considerar como susceptible de ser adquirido en propiedad y qué no lo es. Es el viejo problema de determinar cuáles bienes y servicios son tan fundamentales como para que sean las “pujas” de los mercados las que decidan por

ellos. Hasta hace poco, a este grupo pertenecían el agua, la salud y el genoma humano. Pero en los últimos años se ha pretendido incluso que estos no son más que bienes potencialmente comercializables, por lo cual se han movilizado, en todo el mundo, grupos que han denunciado esto como la última fase de la “mercantilización total del ser humano”.

Rifkin sugiere incluir en la denuncia a los mecanismos de apropiación de los recursos energéticos, por parte de unos pocos; y, a su vez, propone que adoptemos el hidrógeno, no sólo como un recurso renovable y no contaminante, sino como aquel que, por su misma índole, se muestra más apropiado para la realización de nuestras pretensiones de justicia y democracia globales: lo encontramos en abundancia en la naturaleza, los métodos para su obtención son viables y baratos a mediano plazo, es perfectamente compatible con un sistema de gestión y distribución “en red”, etc. En esta línea, el autor sugiere aprovechar la infraestructura institucional que ya existe: ONG, cooperativas, entidades públicas, corporaciones de desarrollo comunitario (CDC). Lo más interesante es que ya hay varias empresas, cooperativas e iniciativas que permiten pensar en la viabilidad de una red energética descentralizada, democrática y con una gestión fiable y eficiente, basada en el hidrógeno. Nosotros, por nuestra parte, quisiéramos abonar a la causa recordando que, muchas veces, los que identifican privatización y descentralización se olvidan que de nada

sirve fragmentar los monopolios energéticos nacionales en muchas empresas, si estas son a su vez *dependientes del monopolio energético internacional*, dominado por los

grandes de los hidrocarburos. No puede haber verdadera descentralización sin descentralización energética.

CARLOS MOLINA VELÁSQUEZ

